

## PRÓLOGO

Pere Vilanova\*

El presente libro de C. P. David tiene una utilidad inmediata y una cierta ambición estratégica. Esto último es lógico y legítimo, tanto en el mundo académico como fuera de él. Por esta razón, el propio autor entenderá que entremos en la polémica a la que nos invita, siempre desde el respeto intelectual y el rigor académico. Aquello, la utilidad inmediata, se deriva sobre todo de que el texto plantea preguntas e interrogantes realmente relevantes, en el sentido que damos al término *relevancia* en el campo de las ciencias sociales, y en particular, en el arenoso terreno de la teoría.

Llama la atención, en primer lugar, la ambición de la obra, y es muy interesante su construcción en forma de *secuencia*, es decir, de encadenamiento sucesivo, desde criterios lógico-rationales, de una línea de pensamiento. Pero llama igualmente la atención que el concepto nodal, la columna vertebral de la argumentación, sea el concepto de orden ligado a la dialéctica guerra-paz, y subsidiariamente, el concepto de estrategia. En mi opinión, el libro es honesto porque no se plantea como una monografía *de totalidad* sobre el sistema internacional, sino casi exclusivamente como una reflexión sobre el mismo desde los conceptos de orden, desorden, paz y guerra. Es un enfoque por tanto parcial o sectorial, no pretende abordar *in extenso* otros elementos del actual debate en curso, como por ejemplo aquellos que ponen el acento en dinámicas de cooperación, de integración, y políticas *inclusivas*. Sin embargo, la última parte del libro (capítulos X, XI y XII) inevitablemente y curiosamente aborda algunas de estas cuestiones. Sobre todo al final, al abordar el tema de la *gobernanza global*, a través de procesos, de dinámicas *funcionales* y no sólo normativo-institucionales, y de una interesante revisión del concepto de *régimen* (en la acepción que el término tiene en política internacional).

---

\* Pere Vilanova es catedrático de Ciencias Políticas de la Universidad de Barcelona.

Otro mérito adicional del libro de David es que, no sabemos si involuntariamente, hace una especie de doble *ajuste de cuentas*. El primero es que confirma, con un gran talento intelectual, la necesidad de tomar distancia respecto del término *relaciones internacionales* en su acepción académica tradicional, y en particular *anglo-americana*. Los debates en curso para mejor entender la complejidad estructural y funcional del actual sistema internacional están cada vez más vinculados al uso de instrumentos teóricos desplegados en diversas ramas de las ciencias sociales, y en concreto de la ciencia política y la historia, y cada vez menos a las relaciones internacionales en su acepción tradicional. En ciencias sociales, en última instancia, nuestros instrumentos analíticos tienden a refugiarse en tres campos: la comparación, el análisis sistémico, y la extrapolación en forma de formulaciones generales (que si funcionan acabamos llamando *teoría*). Y en concreto, de la relación (positiva) entre la comparación y el análisis sistémico, sale algo que llamaremos coloquialmente un cierto *manual de instrucciones* de gran utilidad. En concreto, David vuelve a insistir en que en el fondo, en última instancia, casi todo gira en torno a las siguientes cuestiones: el análisis del poder (y sus múltiples expresiones, no sólo las de naturaleza económica), la competición por el poder (y las modalidades destructivas que suele adoptar a escala internacional o supraestatal), y la política como expresión de dicha competición por el poder (a través de múltiples formas). Además, no hay que olvidar que el método politológico consiste en no perder de vista tres facetas de la política: su estructura normativo-institucional (con sus limitaciones), su mecánica interna como proceso (quién, cómo y por qué toma las decisiones), y su rendimiento como resultados.

El segundo *ajuste de cuentas* al que procede David es aparentemente más prudente, pero en nuestra opinión sumamente eficaz, aunque en realidad hay un elemento en su argumentación que llama al desconcierto. En el apartado sobre «Las teorías y las escuelas de pensamiento sobre el concepto de seguridad» del capítulo I, en realidad presenta unos interesantes cuadros en los que resume las corrientes generalistas: neorealista, idealista, liberal, constructivista y corrientes críticas, que remiten a corrientes académicas que han tenido la *pretensión teórica* de definir no sólo el concepto de seguridad, sino de definir el corpus teórico general del mundo, bajo la pretenciosa etiqueta de *Teoría de las Relaciones Internacionales*. En este sentido, el pedagógico resumen que David hace de estas corrientes de pensamiento *parciales* tiene el mérito, por ejemplo, de que por fin un lector medio puede entender en menos de una página qué sería esto del *constructivismo* aplicado a la política internacional. Por supuesto, al hacerlo tan comprensible, David hace un favor a sus lectores y de paso pone en su sitio a determinados autores que piensan haber innovado en el campo teórico, cuando en realidad vuelven a campos que pertenecen a la Historia de la Filosofía, y que han sido trillados con más talento y mérito (histórico) por

gentes como Platón y Aristóteles, o como Kant y Hegel. Y es que innovar en el campo de la teoría es muy difícil.

El texto de David, en esta perspectiva, nos permite reabrir de modo productivo algunos debates de los años transcurridos desde la crisis y el fin del sistema bipolar. Por ejemplo, la vigencia del eje orden-desorden como parámetro constante de un sistema internacional que es básicamente una estructura relativamente desordenada, pero no necesariamente una estructura totalmente desordenada sin ningún elemento regulador o sin ningún parámetro de *orden*. Las nociones de orden y desorden no deben entenderse en sentido limitativo (por ejemplo *jurídico*), sino *funcional*, o si se quiere *sistémico*. En el fondo, lo que está en juego es la pregunta con la que cierra su obra David: ¿en qué podría consistir la idea de *gobernanza* a escala global? La o las posibles respuestas vienen vinculadas con la exigencia de seguir pensando el concepto de *seguridad humana*.

Una de las facetas de este panorama, que vuelve a ser de suma actualidad (pero que desde luego no hemos inventado en este umbral del siglo XXI), es el debate sobre la paz y la guerra. Problema difícil de abordar desde siempre, asentado en un terreno poco empírico y más bien *especulativo*, pues la paz pertenece a una categoría de valores ideales, como los de igualdad, justicia o libertad, que si bien constituyen el *horizonte programático* de todas las sociedades humanas, son poco susceptibles de investigaciones empíricas *medibles*. No hay una tipología de paces, justicias o igualdades realmente existentes, y que podamos comparar entre sí, como quien compara sistemas políticos o modelos electorales. Paz y guerra no son fenómenos comparables, de hecho tienen una relación *especulativa*. Es mucho más fácil definir la guerra, como es mucho más fácil definir qué es la injusticia, o la privación de libertad, que sus contrarios. Y una previsión *empírica* poco arriesgada: el siglo XXI tampoco conocerá la *Paz*, conocerá conflictos armados de diverso tipo, algunos procesos de negociación, pacificación relativa de algunos procesos violentos, etcétera.

Como hemos resaltado en otras ocasiones, hay que insistir en ese valor *de ruptura estructural* que tuvo la caída del Muro, aunque por ejemplo la URSS sobreviviera dos años más (pues se extinguió jurídicamente el 31 de diciembre de 1991). Podemos describir hoy en día, en sede académica o analítica, la estructura del sistema bipolar, los ejes este-oeste y norte-sur desde 1947 hasta 1989, y podemos, por tanto, certificar la terminación de dicho sistema. Pero de ello no se puede deducir la estructura global del nuevo sistema internacional, que después de casi veinte años seguimos entendiendo poco y mal.

Por ejemplo, sigue siendo una constante (aunque parezca estar en aumento, en realidad está en *velocidad de crucero*) la crisis entre el derecho *de y para* la guerra ('*ius in bello*' y '*ius ad bellum*'), como dispositivo jurídico, y su relación con la realidad de las guerras contemporáneas, así como uno de sus *efectos colaterales*,

la sobrecarga de demanda humanitaria sobre Naciones Unidas. En cambio, ha pasado mucho más desapercibido el hecho, de valor limitado pero crucial, de la entrada en vigor de la Ley de creación de un Tribunal Penal Internacional permanente, que se firmó en julio de 1998 en Roma, pero cuya entrada en vigor exigía la ratificación de al menos sesenta Estados (de los más de ciento treinta presentes en Roma), lo que sucedió el 11 de abril de 2002.

Por otra parte, la obra de David viene a situarse en una línea de continuidad y reflexión sobre el por qué de las cosas de este mundo en plena mutación, y su conclusión bajo el epígrafe de «Doce claves para entender mejor la seguridad» intenta hacer un balance. Algunos clásicos tuvieron a partir de 1989 el mérito, al menos, de abrir el debate, obligarnos a entrar en él para refutarlos (con resultados desiguales) y el tiempo ha ido decantando el mérito de unos y otros. 'El fin de la Historia' de Francis Fukuyama en 1989 y su secuela-artículo de 1999 sobre 'Second Thoughts: the last man in a bottle', en *The National Interest*, 'El choque de civilizaciones' de S. Huntington de 1993, 'El gran tablero mundial', de Z. Brzezinski de 1997, etcétera. Habría que mencionar otras tentativas como las dos obras de Zaki Laïdi, 'Un monde privé de sens' (1994) y 'Géopolitique du Sens' (1998), que curiosamente David sitúa en la corriente constructivista (de lo cual discrepo), o trabajos como 'The World at 2000', de Fred Halliday, 'The postmodern state and the world order', de Robert Cooper (1998), y varios más. Este debate todavía en curso, a pesar de sus altibajos, ha tenido el gran mérito (que puede parecer paradójico) de legitimarse a sí mismo, es decir, de legitimar un pluralismo intelectual no sólo basado en las buenas maneras y la cortesía académica, sino en dar carta de naturaleza a la realidad plural de los esfuerzos en curso para entender el mundo. Al fin y al cabo, el propio Bin Laden tiene una *teoría de las relaciones internacionales*. De hecho, tiene más bien una *ideología*, una cierta visión del mundo, que no es sino una versión deliberadamente distorsionada, manipulada y radical (en sus planteamientos conceptuales, pero sobre todo en sus métodos de acción política) de cierta visión del mundo de la tradición teocrática musulmana: el mundo se divide en tres, Dar al Islam (el territorio donde impera el Islam), Dar el Gharb (el territorio «de la guerra», que el Islam debe conquistar o más bien *convencer*) y en medio, el territorio o casa «de la tregua», donde está permitido llegar a acuerdos tácticos con los no creyentes.

De todo ello, sigue abierto principalmente el debate sobre la tesis de Samuel Huntington, pues su propuesta teórica se basa en hipótesis muy visuales, parcialmente percibidas como ciertas por amplios sectores de la opinión, pero probablemente su punto débil residía en su vocación de totalidad, de abarcar todas las variables, de cubrir el planeta de segmentos civilizatorios de base geográfica intemporal. En lo que se refiere a la propuesta inicial estimulante y provocativa, Huntington acertaba al sugerir que en el mundo posterior

a la guerra fría, los *cleavages* de enfrentamientos a escala global se desplazarían de los conflictos seculares (reales o potenciales) entre Estados, superpotencias o no, a conflictos entre actores vinculados a ideologías con criterios de auto-identificación a caballo entre la noción de cultura y de religión.

¿Estamos en condiciones de llegar a conclusiones sobre los parámetros de este sistema internacional en plena mutación? Al menos cinco grandes tendencias parecen abiertas. En primer lugar, la globalización, y más genéricamente la mundialización, no son teorías autosuficientes para explicar el mundo, pero sí que son el telón de fondo, el terreno de juego, la *situación de hecho*, en la cual operan todos los demás fenómenos. Está aquí para quedarse, es irreversible. En el actual sistema internacional no caben comportamientos *autárquicos o aislados duraderos* por parte de cualquiera de los actores presentes. Este fenómeno no necesita mayor demostración, y nos lleva a admitir que por ello aumenta también en la misma proporción la *interdependencia*.

La crisis de la soberanía del Estado debe ser cuidadosamente reevaluada, pues se ha sobreestimado su dimensión y se ha dado por supuesto que culminará en su simple y llana *desaparición*. Esto es falso, y el trabajo de David contribuye a poner las cosas en su sitio: la centralidad del actor estatal en el sistema internacional no puede darse por cerrada, entre otras cosas porque desde el punto de vista normativo, el Estado sigue siendo irremplazable (de momento), y su control sobre las organizaciones internacionales sigue siendo determinante. Por tanto, toda formalización de acuerdos, de tendencias al orden, en el sistema internacional, ha de pasar y seguirá pasando por la concertación entre Estados, no como condición autosuficiente, pero en todo caso como condición ineludible.

En tercer lugar, el siglo XX se cerró con la crisis de las grandes ideologías totalizantes que dominaron la segunda mitad del pasado siglo. Lo relevante ha sido la mutación de ideologías *seculares* tradicionales (dominantes en los parámetros de la guerra fría). Este es uno de los fenómenos más contundentes de nuestro tiempo, entendiéndolo por ello su sustitución por formidables construcciones (o más bien *re-construcciones*) culturales de matriz religiosa, cultural-lingüística, étnica u otras, como fuerzas de movilización e identificación colectiva. La novedad no estriba en los fundamentos de dichas matrices (de hecho son propiamente premodernas), sino en el contexto en el que *esta vez* operan, apoyándose en formidables instrumentos *multiplicadores* (*Internet, CNN, Al Jazeera* y otros).

En cuarto lugar, estamos en un mundo fragmentado en términos de poder, no unipolar, de naturaleza funcional heterogénea (militar, económica, ideológica) y no sometido a dinámicas pautadas o sujeto a reglas formales. El sistema internacional no parece estar re-estructurándose de un modo jerárquico vertical, sino que, por el momento, está en una dinámica de tanteo (situación siempre desestabilizadora), en base a confrontaciones de bajo o

alto nivel basadas (suponemos) en un cierto cálculo racional (en términos de riesgo/beneficio). Estamos igualmente en una etapa en la que los diversos actores del sistema están intentando *marcar el territorio* (según la terminología del mundo animal y su lucha por el control del territorio, la caza, el agua y los recursos).

Todo ello culmina en la constatación de la crisis total del concepto de seguridad en su sentido tradicional, y que David explora de modo creativo, una de las mejores partes de su libro. Pero la obsesión *securitaria* no ha desaparecido, porque en ausencia de un concepto alternativo *operativo*, y ante un sistema en el que dominan las *incertidumbres*, el militarismo se vuelve a colar por la ventana: a falta de una doctrina política de seguridad, tengamos al menos *un brazo armado*. ¿Para hacer qué política? Ésta es otra cuestión. *Es la cuestión.*